

DE TIRANOS

Ingrid Solana

DE TIRANOS

Ingrid Solana



Colección



De tiranos

D. R. © Ingrid Solana

Primera edición en México: abril de 2006
Edición conmemorativa, Caja Limón: febrero de 2017

D. R. © Colección Limón partido:
Proyecto Literal
Literatura y Alternativas en Servicios Editoriales, S. C.
Av. Universidad 1815 C-205,
Col. Oxtopulco, Coyoacán,
Ciudad de México, 04318.
+52 (55) 5336 1436
editorial@proyectoliteral.com
www.proyectoliteral.com

Consejo editorial: Ingrid Solana, Berenice Granados, Lorena Saucedo, Gema Santamaría, Javier Norambuena, Andrés Márquez, Manuel de J. Jiménez, Itzcoátl Jacinto y Genaro Ruiz de Chávez
Coordinación editorial: Jocelyn Pantoja
Diseño de arte de la colección: Hernán García Crespo

CAJA
TIPOGRÁFICA

Cuidado editorial y adaptación a libro electrónico y edición especial: Jorge Varela Jiménez
Adaptación de portada de edición especial: Paulyna Campuzano
Producción editorial: Ana Rodríguez Aldana

ISBN: 978-970-94868-5-8
Depósito legal: 03-2007-022111175000-14

Se prohíbe la reproducción total o parcial por cualquier medio o procedimiento sin la autorización de los editores o el autor.

Impreso en México, febrero de 2017.

Introducción

Miro en clase a Ingrid Solana: es inteligente, participativa, hermosa. Brillo entre brillos. Por mi ceguera se me escapa su tristeza de poeta agotada por las tiranías, tan obvias en esta época histórica en crisis, punto de bifurcación en que sólo queda renovarse o morir colectivamente. El cuerpo delgado de esta poeta lo sabe y, a ratos, se derrumba: le pasan de cerca las musas y reduce a la nada su notable creatividad de versificadora arquitecta. Se enamora del cuarzo o del ópalo, sílice de vocales sinfónicas; también se enreda en la red de pescadores cuando sube la marea, y sólo, piensa, emite los incomprensibles cantos de una boca enferma. Mujer ave y pez, yegua y árbol, se mira en un subterráneo con olor de orines; en los vagones, locos quijotescos denuncian a los tiranos: nadie escucha mientras ella imagina que escribe en tono oscuro.

Obsesionada con las urnas, una de plata, cenizas en los campos, aguarda que nazcan los hijos de los muertos, porque las mujeres sin vientre no labran la tierra. El agua, dadora de la vida, no tiene peces, sino que cae tintineando como las campanas de una catedral herida. Hasta el domingo, día de asueto, escribe pesimistamente, las moscas se pasean por las frutas, naturaleza muerta. ¿Autora de poemas suicidas? Dice: nunca hubo tantos soñadores y quizá tantos eternamente dormidos, con glúteos que reposan en el ocio, y a ratos se quejan en dedos nerviosos, con discursos facultativos ininteligibles. La diáspora

vital, la filigrana, la dispersión, el vacío, las noches de gente dopada para no sentir dolor, aplastan a Ingrid.

También, los hospitales donde la enfermallena de tubos se hunde en una cama de disección en tanto su nombre es borrado en un número de expediente: madre, hermana, tú, yo misma moriremos tras las cirugías y los tormentos.

La violación paterna de Violette Nozières: órbitas heridas que capta René Magritte; su cara son dos senos, su nariz el ombligo, su boca el pubis. Su útero queda exiliado del mundo; nada pueden sus manos porque desde la infancia es víctima: sus ojos son agujas y el pubis es una infección en los dientes. El tirano burla los tabúes protegido por un inclemente patriarcado.

La soledad no se conjura en el hogar de paredes vacías; donde el silencio de los incomunicados, bocas sin lengua, sin diálogo, olvidan que las sombras del pasado se esconden tras cada objeto. Las madres metálicas, sillas sin ruedas, ni siquiera intuyen la putrefacción de sus hijos.

El urbanismo hace y deshace la ciudad a ritmo frenético: las casas derruidas y el constante amontonar bloques de ladrillo que no dejan pasar un rayito de sol; el agua queda palpitando arriba, en los techos y aceras de concreto: ya no fertiliza los suelos, donde se estrellan las imágenes bellas. El temple del romanticismo asoma en los versos de Ingrid: no encuentra el camino que hubo en los campos repletos de árboles que tamborileaban y tocaban la flauta. La madrugada aumenta la oscuridad con palabras que revientan los oídos de la poeta: son las cosas muertas, las de antaño, como el pájaro diminuto, hoy hecho añicos, al que ha pegado obsesivamente su tinta.

Vivimos transidos por la culpa fría que generaron incomprensibles y enloquecidos gritos de locos. El sueño nos separa de: las inquisiciones, las pesadillas, las cargas desatinadas que nos cuelgan del lomo, los regaños, los alfileres en el estómago. Otros están anestesiados frente a la sangre de la tortura: en esta fiesta del tirano e indiferente Satán

nadie acepta que el horizonte está herido y sangra no sólo al atardecer; ahora nadie memoriza los muertos ni piensa en los vivos.

Hace mucho, mucho tiempo hubo caballos galopantes que, sin jinete, se marcharon a la guerra; sus relinchos se perdieron en un atardecer sin tiempo; fueron ahorcados, cuelgan sus formas mal olientes en las carnicerías. Los que aún están aquí lloran porque la vieja Europa destee argumentaciones y, en su autocomplaciente situación central, deja de tejer las palabras, el grito, la denuncia, la vergüenza. América agoniza llena de payasos y repetitivos dominantes mientras los del norte se apropian de sus terruños y caza a sus habitantes. Nos agobia la tierra muerta donde sólo nacen las flores del mal, escribe Ingrid.

Siente en carne propia las dentelladas crueles y furiosas del dominio que, apropiándose de las mejores utopías, las tritura, sin que intervenga siquiera una barredora.

Amor de posesión que niega al otro, perversidad agobiante: al negarte me niego, te vuelves mi reflejo, mi propiedad, te proyecto como un yo mismo. Muchos no dejan la vida intacta. Entendamos nuestro sádico temor: la soledad enferma porque equivale a muerte. En cualquier sociedad parece que sólo existe la propiedad privada de los congéneres. Estamos hundidos en la sociable insociabilidad del amo, con el invisible traje de emperador del cuento maravilloso, y somos esclavos que tampoco se observan en los espejos. Nos encontramos ante cartas trituradoras del supuesto amante, en agujeros dolorosos, con las sogas y los cuchillos suicidas que portan los nihilistas, quienes llenan sus cuadernos con miedo, con sus voces histéricas y oceánicos silogismos que se pierden, por ejemplo, en la aguada sopa. Las fotografías, momento congelado de promesas, reflejan voces tiránicas de quien creíamos con una blancura tal que escapaba de los marcos.

En las universidades, las conferenciantes, con sus proyectores, hablan de fresas y tulipanes silvestres, nunca de los horrores del presente.

En los colegios los niños son pupitre, madera. Los ricos muy ricos son la bomba de la miseria. Entonces, bajo el peso de esta tortura, se pudren los tulipanes y las fresas: se ha construido en las conferencias una naturaleza muerta.

No engaña a Ingrid Solana la felicidad hipócrita, los parloteos huecos, las sillas del decoro, los pozos de quienes se cuelgan en sus bordes para no caer en la neurosis de una infancia castrada: El Padre Dios ha muerto.

De pronto se cuestiona si su ceguera, que causaron los alfileres clavados en su sombrero, le impide contemplar a los peces de todos los colores y las olas, principio de regeneración, semen que va y viene desde que Cronos castró a Poseidón para introducir a su padre en el tiempo. ¿Hay olas, semen creativo?

El brote optimista de Ingrid espera el porvenir de la memoria. Si agobiados por la soledad, el silencio de antiguos vecindarios cortados por avenidas, nos besamos entre mamparas sombrías, no será por miedo ni huida, sino por una palabra blanca, por una criatura bella que germina, por un muro que jamás se derriba. Si la memoria en exceso de la poeta se hizo palabra, es porque no hemos de olvidar el dolor, sino conjurarlo. Las horas se paralizan en el canto donde florecen las espinas, entonces, y sólo entonces, las aves, reencarnación del poeta en creencia prehispánica, iluminan los días grises. Sí, sádico amigo, atravesé el océano en dirección inversa: no te recuerdo, no me atemorizas. Aquellos instantes de mi infancia feliz e inocente no están perdidos; aún sueño, viajo con la fantasía en encuentro de islas, las del tesoro viviente, supongo. Libre de regaños, de pizarras, de padre, reemprende su imaginaria personalidad metafórica de pez y de maizal: la película olvidada que nunca se olvida. No son los santos del optimista, sino los caballos los que esperan, porque ahora Ingrid Solana sabe que la vida no se detiene, a pesar de que el lenguaje primero fue el culto a la tiranía que deformó las manos y el cerebro. Fue

la tiranía por la que Ingrid abrió la “puta” boca. Sin embargo, niega las frases torcidas, las criaturas que deambulan ajenas al dolor. Dice no a los convencimientos débiles, a los libros indestructibles, a las fuerzas retardatarias: “el no también es posible, es un llamado invertido a vivir como vivos.” Ingrid dice no cuando patea a la tiranía, al dominio, mediante estrofas breves, de temple a ratos agónico y en otras optimista. Es una buena poeta; leyéndola diremos que compartimos la misma alma, que es menester vivir como vivos, con temple luchador. La finitud ayuda a hacerlo. Esta lucha canta con nuevas tradiciones que, pese a que los tiranos dominan el mundo, su vida no es, en el fondo, más que una pobre imitación de la vida misma. Leyendo a Ingrid Solana sabemos que queda mucho por combatir, y que la poesía es un arma cargada de fuego y tierra y agua, donde aún galopan algunos caballos que no relinchan porque se han vendido al mejor postor.

María Rosa Palazón Mayoral

Centro de Estudios Literarios, Instituto de
Investigaciones Filológicas, UNAM, abril 2007

Prólogo

*“todo es efímero y perecedero cuando no ridículo y perjudicial;
todo termina en breve, todo pasa como sombra: libros, saber,
ingenio, virtud, hipocresía maldad; todo se reduce en pocos instantes
a la nada, al olvido, al polvo”.*

M. Payno

*“It is neither desire nor pleasure but between two.
Neither future nor present, but between two.
It is the hymen that desire dreams of piercing,
of bursting in an act of violence that is (...) love and murder.
If either one did take place, there would be no hymen”.*

J. Derrida

La tiranía del hombre, la vanidad de la especie que tanto señaló Cohelet y se erigió dueña de sí misma y de todas las cosas, ya venció al hombre con saldo cobrado —usemos jerga— al planeta. Es el fin del mundo y lo digo sin nostalgia, dolor ni melancolía; posiblemente, eso sí, con un dejo de orgullo humano: tierras infértiles, mares veneno, aire azufre, selvas que agonizan, sed y hambre.

Ya no queda nada, África en su delirio delira, Asia succionada por las tres islas, la hegemónica Isla, es mano de obra desechable, Medio Oriente incendia, Europa es vieja sanguijuela, América está cansada y las brujas del norte siguen su caza. No hay futuro y no nos pesa, no hay tristeza ni ayer que derrumbe al mañana. Es el caos impuesto, la entropía. Ya lo había señalado Cioran: “el troglodita que temblaba de espanto en las cavernas, tiembla aún en los rasca-

cielos. Nuestro capital de desdicha se mantiene intacto a través de las edades; empero, tenemos una ventaja sobre nuestros ancestros: la de haber invertido mejor ese capital, al haber organizado mejor nuestro desastre.”

La esperanza es palabra puta en boca del más sucio, es la sirénica voz de quien todo hace por posponer la agonía generalizada y que succiona hasta lo más hondo los resquicios de un mundo en pedazos cuyas astillas son inconjugables. ¿Qué queda? Podríamos preguntar por ocio y diversión, ¿Un atardecer, un beso, un abrazo? ¿Qué más queda? Hacer la vida nuestra —ya lo es— y en el tiempo del presente decir no y decidir el momento de nuestra muerte.

En *De tiranos*, Ingrid —válgase la licencia— exorciza tiranías, dice no al oprobio y a la ignominia e invita al lector a hacerlo con ella para volver libres al aquí donde el pasado no es la fotografía del bienestar congelado sino elementos disconexos con los que se puede jugar; y así, ya libres, conscientemente libres de nosotros, luz rompimiento de gloria, preguntarnos qué nos falta para morir, pues reclamamos nuestro derecho a la vida, a sabiendas de que la respuesta es *nada*. Son treinta y tres poemas en los que múltiples caras del tirano se develan: la escritura, la ausencia, el obligado sinsentido, cirugías, el otro, la tortura, el celo, la palabra enferma, el pasado, el futuro, uno mismo, el violador rashomónico caleidoscopio en que nos vemos, este libro augura ya la importancia del fragmento, de las entrecortadas piezas incoherentes, de lo que somos. Se abre así el espacio/tiempo, ese *hymen* derridiano que no es ni presente ni pasado pero está entre ambos, que no es deseo ni placer pero es entre ambos: perforación que revienta en el acto de violencia que existe entre el amor y el homicidio.

¿Qué nos queda además de ese tiempo presente donde jugamos libres, qué más queda? ¿Lo bello, lo inútilmente bello, lo que —como bien señala Freud— no tiene utilidad evidente ni necesidad manifies-

ta y sin embargo es imprescindible? ¿El erotismo —el batailleano—, el de la disolución del yo, la *petit morte*, el de la continuidad? ¿Qué más, además de polvo? Quizá sí: lo bello y el erotismo. Y no hay duda que ambos se manifiestan en *De tiranos*.

Pablo King

Pueblo de Xoco, Coyoacán, Abril 2007

De tiranos

1.

no estoy escribiendo un poema
mi mano dibuja involuntaria
no escribo letra
palabra
nada

2.

ausencia
de página blanca
no han venido las palomas
florecen las urnas en el campo
nacen los hijos de los cadáveres
de las lágrimas
brota

3.

dentelladas furiosas lanzan metáforas de la crueldad y ruedan por las escaleras. perpetran reordenan ilumínicas. no hay peces ni campo ni camino. no hay encuentro entre los hombres más crueles. hombres sin mirada. trituradores de palabras, barredoras sin uso

4.

brillantes pinzas abren los úteros enfermos, la cama de disección se ha vuelto esclava, están las tumbas y las urnas de plata, están los cementerios y los llantos; de perfecta cirugía todas mueren

5.

acaban las canciones de viento que antaño adornaban las cosechas;
había entonces un cielo insurrecto y posible. acaban las canciones y
ya muy lejos se vislumbran las mujeres sin vientre que han dejado de
labrar los campos

6.

hay casas limpias, paredes yermas que revientan un silencio hinchado,
pero las sombras se esconden en las macetas, en los lápices, en las
sábanas oscuras, en las bocas sin lengua

7.

(A Gema)

en la palabra sílice, donde los clavos se guardan, la vocal sinfonía abre con caricias el papel blanco. tortuosa navegante y sirena se incrusta. es una madeja prestada que los pescadores recogen cuando sube la marea. llama con su linterna espectral de faro deshabitado. un *horizontal* se escribe minucioso y el oído musita transcribiendo las frases mustias que escapan de la boca enferma. un punto muerto en el papel que el cuerpo abarca

8.

nos tocamos en silencio detrás de las ventanas oscuras, bajo las mamparas sombrías de lo terrible; nos desgarramos ya sin sangre haciendo el amor en las esquinas. aguardamos el porvenir de la memoria. no serás anden o miedo. ni tampoco pájaro sin canto. serás una palabra más bien blanca, un crío hermoso que germina, un campo infinito de cosecha, un muro que nunca se derriba

9.

los caballos han muerto
en la mañana clara
han dejado sus gritos
en el ocre estertor
de la tristeza
los caballos huyeron
sin jinete
hacia la guerra

los caballos relinchan
un horizonte de
aguas doradas y
atardece sin tiempo

los caballos están en la horca
asesinados
sin mutilación

los caballos solos
cuelgan

10.

trato de escuchar tu voz que destruye los espacios de mi fantasía. la cabeza revienta cuando muerdo temblorosa tus labios, cuando pongo las manos sobre tu pecho y mi lengua recorre los resquicios de tu cara. te acaricio lentamente chupándote los dedos de las manos. mi cuerpo es un alambre que tortura, tirano atravesado de nervios que no se detiene, que me llevan hasta ti como tierra húmeda y estéril. mis lágrimas horadan tus poemas, tus cartas, tu cama. desconozco a qué te saben los domingos más vacíos, pienso en ti enloquecida con la frugalidad de una sensación que pasa. me acurruco encima de tus piernas como niña y te beso incesantemente metiendo la lengua hasta tu garganta. tienes el canto del pájaro evasor y yo penetro tu boca con violencia para asirte. para decirme que eres mío, que no partirás, que estás dentro. cuando sueño contigo estoy despierta y tirana, me aprieto contra ti para ser tú y ya no dejarme

11.

ni escalera
ni departamento
ni llave

se escuchan los sonidos
arriba palpitando
un techo lluvioso
de casa derruida

memoria excesiva
dolorosa
no me dejes
olvidarte

12.

(A René Magritte)

mujer pinza o tijera. en los ojos tienes los senos y en la boca el pubis. los ojos del pintor del sueño están prendados de tu cuerpo. eres el útero del mundo que se sienta encima de la tierra, que la hace retumbar estrepitosa. eres la órbita más herida del planeta. en tu voz ya se presiente el aguijón paranoico del exiliado. tus hijos han visto todas las noches el llanto, eres la mujer que levanta la montaña, que la deja ciega, que le hace el amor a las mañanas. qué le queda aguardar a tus dulces manos, esas manos duras, perfectas y dolorosas. esas manos que se levantan poderosas, sin lucha, sin desconcierto. ¿qué le quedan a tus manos si tienes los senos en los ojos como agujas, si tienes el pubis en la boca como infección de los dientes?

13.

la vieja Europa
ha dejado de tejer palabras
los caballos lloran

14.

me tocabas a las seis de la mañana. amanecía entonces con esa luz lívida espectralmente objetofóbica. me besabas después de las fiestas con tu boca de triturador. me escribías esas cartas largas de tremendas agonías. me mirabas con esos ojos alfiler y yo dejé de pertenecerme. tu casa siempre fue un agujero doloroso. estaba exiliada de mi vida. un tambor de guerra retumbaba por las noches. estabas esperando con sogas, cuchillos y agujas en los dientes. tenías la voz del histérico que no se reconoce. en tu casa había espejos pero nunca te mirabas. estabas haciendo silogismos con la sopa, destrozando inútilmente los cuadernos, manchando las paredes con tus miedos. estabas con tu cuerda suicida observando atentamente, deseando a conciencia no dejar mi vida intacta. estabas allí dictando poemas con el traje de un emperador equivocado. ya te habías decidido a no creer jamás en los verbos. menos mal que yo fui muy capaz de atravesar atlánticos pero en sentido inverso. de regreso. ya no soy incapaz de recordarte. ya no tengo miedo

15.

espero
que las horas
se detengan
en el canto

que el fragmento
sea una sustancia

que se detenga ante la puerta
que florezcan las espinas dolorosas

que una golondrina
ilumine los días más grises

16.

domingo:
en los mercados las moscas transitan la fruta
naturaleza muerta

17.

luminosas, parpadeantes, las luces quiebran un horizonte de primer plano. estoy ciega. ¿qué puede buscarse en la noche alfiler y sombrero de los días? están las personas, peces y más peces de todos los colores. hay tiburones y truchas. hay olas ¿las hay?

18.

amanece en frío. el despertar es una gruta. la noche trajo los juegos de las sirenas. los gritos del loco, la cloaca del sueño. dejé de pensar en las inquisiciones porque a uno siempre le gusta permanecer intacto. voy por las calles con esa conciencia suicida, con pesadillas de lo que nunca he sido, con los regaños de los muros de la casa paterna. voy acariciando los alfileres de mi estómago, las espinas de mi boca, los espasmos del pensamiento. metaficción de poema suicida. las gotas siguen cayendo, las escucho desde mi cama cuando no duermo. caen y caen irreparables, con ese tintineo de campana, con ese amanecer de catedral herida. las gotas me alumbran y espantan el sueño. las gotas penetran entre las piernas como dulce caracola que tortura. amanece en frío; nunca tuve tanto sueño

19.

escupes vacío
estás tan solo
tan sirénico
tan facultativo
que los árboles son simplemente

no hay nada ya
páginas blancas y si acaso
cuadernos vacíos ambulantes

ya nada es igual en el baño tampoco

un glúteo enorme que reposa
una imagen de ocio que se queja
un trasplante de dedos nerviosos

20.

la sangre de la tortura está sobre el suelo; la sangre de los esclavos y de los libres. nadie ha aprendido a recordar con claridad los días de horizontes heridos. nadie está en la calle memorizando los muertos y los vivos. hay una fiesta de Satán afuera y los árboles tocan flautas y tambores

21.

la joven América
ha dejado de saltar
los payasos ríen
exhaustos
de repetición

las brujas del Norte
no cesan la caza

22.

creer o no creer
en los reparadores
del sexo y la crucifixión
ya tenemos los aparadores
donde siempre nos encuentran

deben morir los hocicos
del libertario
del santo
ya tenemos las luces
multicolores de las formas

hay imagen en la tierra muerta
hay fuerza en la tierra muerta

hay cocina
hay *flores del mal*
y nunca mueren

23.

(A *Noir Desir*)

la infancia está perdida. que el niño crezca no garantiza nada. *la vida comienza ahora*, dicen

24.

¿habrás intuido la putrefacción de tus hijos
tú, sí: tú, Sylvia
la metálica, la silla sin ruedas?

25.

los muñones están con cámaras de video, enfocan el movimiento. sus ojos extraños y desorbitados penetran a las personas muertas que caminan en los subterráneos. el hedor a orines se pega en los trenes y ya dentro, los locos declaman los poemas que se quejan de tiranos. nadie está escuchando. yo tampoco escucho. estoy pensando, justamente, esto que escribo sin un tono claro

26.

diáspora objetual. aire. filigrana, dispersión o el todo vacío. aire. ple-
tórico, profuso. aire que estás y penetras los intersticios de esas me-
morias ausentes: que te sueñen alguna vez y limpies las cenizas de las
noches confundidas, dopadas aparatosamente contra el dolor

27.

las casas son incendios breves
fuego amarillo
repetido en doscientos

alumbran la carretera
como pianos infinitos

despiertan a los niños
murientes en los pastos

sueño interminable
cuando germinan
viajes de infancia
cuando nada
detiene la fantasía
y los imaginarios
se dirigen sin jinete
al encuentro de las islas

ya no queda
ni pizarra ni regaño ni padre

ya sólo
pez enorme

suspendido en los maizales
película olvidada
repetida en doscientos

28.

los tulipanes vacíos adornan las mesas de las universidades. son conferencias breves que murmuran todo lo que no saben de cierto terrorismo. los tulipanes y las fresas silvestres a la espera de las bocas mientras rebosan, frondosos. hay también momentos muy oscuros en los colegios; cuando las sombras extienden los proyectores de la creencia, cuando la gritan a los niños que aguardan vueltos pupitres, cuando los grandes usufructos surten el efecto detonador de la bomba. los tulipanes y las fresas silvestres se pudren. de repetición y de tortura radical se construye una naturaleza más bien muerta

29.

las fotografías hueco
son un río de promesas

esa aparente tranquilidad
de algunos amigos

carcome poco a poco
la blancura de los bambúes
que a veces escapan de los marcos

junto a tus fotografías
adelgazada y solitaria
tienes esa voz gruesa
tiránica
como tus fotografías
mínimas

30.

los santos jamás suben a los caballos
¿qué puede revivir ahora?
los rostros con hocico rapaz
están en las vitrinas
que me perdone el optimista
por ser tan sucia
que los sabios pequeños
encuentren algún sentido del humor
en la mierda
los caballos esperan
la vida no se detiene nunca

31.

el único refugio
en el primer lenguaje
fue el culto anormal
a la escritura tiránica
enchueca los dedos de las manos
destroza el cerebro
dio la necesidad de
abrir la boca
abrir la boca
abrir la boca
puta
boca

32.

las palabras se estrellan
contra el concreto
ante las imágenes bellas
de todo lo que muere

hay un pájaro rebosando trituración
sobre el concreto fino de las noches secas

ya más lejos o cerca
la madrugada pasa inevitable
y avienta aumentando
palabras oscuras
que deshacen mis oídos
y los revientan

un pájaro muerto ilumina mis ojos

un pájaro triturado
diminuto y perlado
un objeto cualquiera
de esas cosas muertas
que son de las más bellas
material de palabras sombrías

pegadas a la tinta obsesiva
pájaro servilleta eres
te escribes con la mirada
de lo que no duerme

33.

no me engaña ese veneno mortal de felicidad hipócrita. ese parloteo incesante de mujer hueca. no quiero tus sillas del decoro, cura tu vientre enfermo e inservible con ellas. y digo no a esos pozos vacíos que sólo piensan en cristo y a esas creencias podridas de infancia castrada. y digo no a la suciedad de los ojos de mujer envilecida en frases torcidas, de criatura sin ojos que rota el mundo sin el dolor de los otros. digo no a esos convencimientos débiles de energías retardadoras, de bocas sin mancha, de escenarios tambaleantes y libros indestructibles. el no también es posible, es un llamado invertido a vivir como vivos

ÍNDICE

Introducción	5
Prólogo	11
De tiranos	15
1.	17
2.	18
3.	19
4.	20
5.	21
6.	22
7.	23
8.	24
9.	25
10.	26
11.	27
12.	28
13.	29
14.	30

15.	31
16.	32
17.	33
18.	34
19.	35
20.	36
21.	37
22.	38
23.	39
24.	40
25.	41
26.	42
27.	43
28.	45
29.	46
30.	47
31.	48
32.	49
33.	51

Ingrid Solana (Oaxaca, 1980). Poeta. Maestra en Letras Hispánicas por la UNAM, con la obtención de la medalla Gabino Barreda. Ha publicado *De tiranos* (Proyecto Literal, 2007), *La gacela y el abismo* (Instituto Mexiquense de Cultura, 2009) y *Barrio Verbo* (Tierra Adentro/ Instituto Mexiquense de Cultura, 2014). Ha trabajado como guionista de videos y documentales independientes en México; como *Ludogenia: el lugar del origen* y la video-instalación *Tiempo, piedra y barro* para el Museo Universitario de Ciencias y Artes en la UNAM, *Un día en el convento franciscano* y *Un lugar para la memoria* realizados para el Museo regional de Querétaro y el Instituto nacional de Antropología e Historia (INAH). Asimismo, ha colaborado en publicaciones académicas como *El Sendebarr para estudiantes* y *Estudios sobre Paul Ricoeur*; también ha impartido cursos y talleres en diversas instituciones universitarias en México. Publicó “Galería” en la Antología de cuento y poesía *Tentación de decir editada* en el 2003 por la UNAM ha publicado cuentos y poemas en la Gaceta Literal.

En la comunidad El Calabozo a unos kilómetros de Pénjamo, Guanajuato, los demonios andan sueltos, y para refugiarse del frío se metieron en el cuerpo calentito de una niña de leche. A momentos se le deformaba la carita, parecía un perro, un cochino, un guajolote. Afortunadamente la tía se dio cuenta de la endiablada presencia y dio aviso al resto de la familia quienes juntos comenzaron el violento exorcismo. Ni el rosario de palos, ni las plegarias de piedra lograron terminar el maleficio. Fue un machete redentor quien degolló la cabeza del maligno. El alma de la niña se había salvado. Los expertos afirmaron: “Se trató de una paranoia colectiva provocada por la pobreza y la ignorancia.”

De tiranos se terminó de imprimir en febrero de 2017 en los talleres de **Literatura y alternativas en servicios editoriales S. C.** Av. Universidad 1815 C-205, Col. Oxtopulco, Coyoacán, Ciudad de México, 04318.